

dadle, en cambio de la afirmacion incompleta ó corrompida que hace vivir su espíritu, una afirmacion mas sólida y mas pura, ó bien callad, y volviéndoos hacia la desnudez de vuestra alma, admirad á ese pobre que se halla aun vestido con un resto de verdad por un resto de fe. Así es como se conduce el cristianismo respecto de la humanidad encorvada bajo el peso del error. ¿Qué otra doctrina, si existiera jamás el derecho de proceder por negacion, qué doctrina lo hubiera ejercido con mas apariencia de legitimidad que el cristianismo? Él tenia el Evangelio en su mano, y no tenia ante sí mas que un monton sin lógica y sin historia de extravagantes supersticiones. Y no obstante, no ha subido el cristianismo al Capitolio para arruinar en él por una atrevida negacion el reino de los falsos dioses. Ha entrado en la tienda del pobre y en el areópago de las naciones para anunciarles el verdadero Dios, el *Dios desconocido*, aquel á quien la ingeniosa Atenas habia levantado este altar profético que encontró S. Pablo, y que le sirvió de exordio cuando nombró á Jesucristo por la primera vez en la capital de la elocuencia y del error. El cristianismo ha dado ántes de quitar, ha dicho sí ántes de decir no, y aun el no no aparece en el símbolo que es la piedra angular de su edificio, y que los apóstoles han dejado al mundo cubierto con su firma y con su sangre. ¿Queréis oír, como contraste del procedimiento de la tentacion, la voz que ilustra, la voz que funda, la voz que llama y que convierte á Dios? Escuchadla, aunque la hayais escuchado mil veces; escuchadla de nuevo bajo ese árbol trágico donde acabais de asistir al lenguaje que ha perdido al género humano. *Credo*: yo creo. — *Credo*: creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles é invisibles. — *Credo*: creo en Jesucristo, su único hijo, que bajó del cielo por nosotros y por nuestra salvacion; que se hizo hombre, que fué crucificado, muerto y sepultado por nosotros y que resucitó. — *Credo*: creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que es adorado y glorificado con el Padre y el Hijo, que ha hablado por los Profetas. — *Credo*: creo en la Iglesia, una, santa, católica, y apostólica. — *Credo*: creo en el perdón de los pecados, la resurreccion de la carne y la vida eterna.

Hé aquí, señores, como ha salvado el cristianismo al mundo, dándole una doctrina mejor que la antigua, y que debia destronarla necesariamente por la fuerza de sus principios y de sus obras. ¡Juzgad, pues, cuán gran miseria sea, cuán grande el crimen, cuán lamentable el abuso de la inteligencia, cuando un desconocido, un hombre

sin carácter y sin mision, salido á lo mas de la vil corteza del genio, partiendo de sí mismo en fin, dice negacion y anatema á todo lo que existe, á la Iglesia, al Evangelio, á Cristo, á la humanidad que los ha recibido, bendecido y adorado, á las reliquias de los apóstoles, á la sangre de los mártires, á la fe y á las virtudes de sesenta siglos! ¡Y esto para darnos en cambio su razon que protesta, y su corazon que se rebela! ¿Qué es una potestad, sino una impotencia? ¿Qué es una rebelion, sino una ruína? ¿Qué es un hombre que se retira, sino una hoja que cae? ¡Y esta poca cosa se nos dá aun con la exaltacion del orgullo para sí, y la exaltacion del desprecio para nosotros!

Hasta aquí, señores, todas las palabras de la tentacion han sido palabras de libertad. Ya sea que el tentador haya preguntado al hombre porqué le hizo Dios una prohibicion, ya sea que haya negado su sancion penal, en uno y otro caso lisonjeaba el gusto natural de todo agente libre con la independencia absoluta; pero la accion seductora no podia detenerse aquí, porque solo contenia la duda y la negacion. Y el hombre no podria vivir con estos dos elementos; el hombre es una inteligencia, y una inteligencia es un resorte afirmativo. Puede pasar por la duda y la negacion, y destruir en sí el pensamiento que recibió de sus padres; pero hecho esto, se apodera de él el tormento de la duda, y necesita calmar su aguijon con una doctrina cualquiera, donde repose del dolor de no creer ya. Por esto el genio del mal se guardará bien de quedarse en una simple negacion. Érale necesaria la negacion para desarraigar en su víctima el tronco poderoso de la verdad: al presente es necesario que derrame en la llaga, como un bálsamo reparador, el veneno de una doctrina sin fundamento, y que desvie así de su curso natural la inagotable actividad del espíritu. Así pues, despues de haber dicho, *Porqué*; despues de haber dicho, *No*; añade inmediatamente: *Dios sabe que en cualquier día que comieseis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dioses sabiendo el bien y el mal* (1). Esta afirmacion es la tercer potestad y el tercer crimen del mundo.

Y en efecto, ¿qué otra cosa habeis oido de todos los que os desviaban de la doctrina de obediencia y de vida? ¿Qué os han dicho, sino que vuestra inteligencia tenia derecho á una luz sin limites; que ella era el juez supremo del bien y del mal, de la verdad y del

(1) Génesis, cap. 3, vers. 5.

error; que toda sombra era para ella un insulto, todo misterio una locura, toda dependencia una usurpacion de su soberana autoridad? No hay un sabio separado del cristianismo que no prometa á sus discípulos, desde la primera leccion, la plena vista de las cosas, y lo mas que hace, si le queda algun resplandor de modestia, es remitir al porvenir, pero á un porvenir humano y filosófico, el cumplimiento ó realizacion de esta vision absoluta, que es en su pensamiento el derecho, la gloria y la felicidad natural del espíritu: *Seréis como Dioses, sabiendo el bien y el mal*: así lo oyeron nuestros primeros padres, así lo oye aún, en una forma que no cambia, su inquieta posteridad. Y esta sorprendente afirmacion conserva eternamente la potestad que tuvo desde el primer dia. Desprovista de toda prueba, contraria á toda experiencia, obra con la soberanía de un axioma; y los que se rinden á ella, no piensan en negarla, tan evidente les parece con una evidencia que precede á la evidencia misma. Y esto consiste, señores, en que cuando se desecha la luz de Dios como el apoyo y el complemento necesario de la nuestra, es necesario creer que basta la nuestra, y que por consiguiente, ella puede revelárnoslo todo. Porque, confesar que nuestra razon es débil, limitada, incapaz de apreciar con claridad el conjunto infinito de las cosas, y de repeler al mismo tiempo la autoridad de la razon divina, seria aliar con la afectacion de la independencia la sumision contradictoria de una humildad incomprensible. No podemos revelarnos contra la luz de Dios sino por el sentimiento profundo de no necesitar de ella, y desde entonces, la palabra del orgullo al orgullo llega á ser evidentemente exacta. *Seréis como Dioses sabiendo el bien y el mal.*

Añadid, señores, que habiéndose hecho el entendimiento para la verdad, es afirmativo por su naturaleza, como os lo decia ahora mismo; y que si pierde las afirmaciones que tienen su fundamento en Dios, se entrega fácilmente á las primeras que se le presentan con el imperio del genio, del atrevimiento y de la novedad. Debilitada la inteligencia por la sustraccion de su alimento natural, que es lo justo y lo verdadero, se asemeja á una mar privada del tributo de sus rios, y cuyas aguas disminuidas reciben con gozo el impuro cieno que le llevan de aquí y de allá corrientes inesperadas. Todo es bueno para quien no tiene nada. Y cuanto mas profunda ha sido la negacion en un entendimiento, mas accesible es á la seduccion de lo absurdo, de suerte que nada hay tan crédulo como un incrédulo. *Se crearán, dice San Pablo, maestros que halaguen sus orejas, y*

negándose á la verdad correrán ante las fábulas (1). El hombre que no cree en Dios, cree en un sueño; el que no cree en Jesucristo, cree en Voltaire. Cualquier sistema sobre el origen de las cosas, desde los sueños de los gnósticos hasta las teorías de Buffon, le hallan pronto á gritar, bravo. Decidle que existia desde toda la eternidad un vacío infinito poblado de átomos innumerables, y lo creará. Decidle que buscándose los átomos en el vacío en virtud de una atraccion recíproca, se han hallado al fin y se han unido para formar el primer sol, y lo creará. Decidle que este sol, una vez suspendido en el espacio, ha sentido el efecto de un impulso que ha determinado la órbita donde rueda su masa, y lo creará. Decidle que habiéndose desprendido de él algunos fragmentos por el esfuerzo de la rotacion, los ha retenido en torno suyo á cierta distancia, atrayéndolos y repeliéndolos á un tiempo mismo para hacerse de ellos satélites cuyo movimiento se coordina con el suyo, y lo creará. Decidle que habiéndose enfriado un poco uno de estos globos de segunda mano, se ha encontrado en una temperatura que es la misma de la fecundidad, y ha comenzado á producir plantas, árboles, despues animales, cada vez mas perfectos, y en fin el hombre, y lo creará. Decidle que habiéndose debilitado la temperatura de la tierra, ha perdido su energía primitiva de produccion, y solo tiene fuerza para conservar las especies ya emitidas, sin poder emitir una sola de ellas nueva, y lo creará. Decidle todo cuanto queráis, menos que Dios ha creado el mundo, y lo creará. Su fe será siempre proporcionada al ardor de su incredulidad, y si llega á odiar á Dios y el Evangelio, no hay nada monstruoso que haya salido de una boca impía que él no reciba con el delirio de la adhesion. Si queréis darle pruebas, os gritará que no las necesita, y que la cosa es evidente por sí.

¡Oh vosotros, pues, que habeis nacido en un siglo incrédulo y que aspirais á la gloria de fundar una doctrina, no os torturéis mas de la que conviene á un proyecto tan mediano! Si la naturaleza os dió el don de hablar ó de escribir, esto basta, y aun no es cosa fija que se necesite ni una pluma ni una boca de oro; el plomo lo ha conseguido muchas veces. Alegráos con vuestros amigos y decid á este siglo soberbio todo lo que os plazca, el sueño que habeis tenido la víspera ó el que tendréis mañana. El no os pide otra cosa para

(1) Epistola 2.ª á Timoteo, cap. 4, vers. 3 y 4.

creeros, amaros, admiraros, llamaros inmortal en vuestra vida, y elevaros una estatua despues de vuestra muerte.

Seréis como Dioses sabiendo el bien y el mal. Lisonja profunda que el incrédulo llama una extravagancia en la Biblia, y que despues de seis mil años se ha burlado aun de su corazon. Lisonja que es un crimen tan grande como grande es su poder, puesto que es la deificación de la razon humana, es decir, el grado mas alto de usurpacion que pueda cometer una inteligencia libre respecto de Dios. Nosotros no podemos arrojar á Dios del universo, porque no nos obedece el universo; pero podemos destronarle de nuestro espíritu, porque nuestro espíritu consiente en lo que queremos, y elevar en su lugar, en un trono sacrílego, este débil pensamiento, que es el nuestro, y al que basta un átomo para asombrarle. Así, señores, mirad bien lo que va á seguir. El hombre no se detendrá en este lugar elevado donde le ha hecho sentar el orgullo, prometiéndole la plena luz. Apenas ha tocado á ella cuando se conmueve de ver tan poco, y la duda descende á su corazon con rapidez; pero una duda mucho mas grave de aquella por la que se inauguró su caída. La primer duda no era mas que un camino; se pretendia servir de ella para ir al descubrimiento de lo verdadero; se buscaba, se esperaba, se creía aún, si no en un dogma, al menos en el espíritu: ahora el camino está abierto, se ha realizado la prueba, y la duda que vuelve es una duda confirmada, una duda de laxitud y de agotamiento. Hundida la razon sobre sí misma, como un viajero enervado, confiesa su impotencia por su desesperacion; y la energía del orgullo, única que le queda, acaba de quitarle el valor, prohibiéndole volver atrás. Entonces ¿qué es lo que sucede? Llega la última palabra de la tentacion que aun no os he dicho: *la mujer vió que el árbol era bueno para comer y hermoso á los ojos y agradable á la vista, y tomó de su fruto y comió* (1). Es decir, que habiéndose acabado en la duda el círculo en que la razon se alimenta de sí misma, así como había comenzado por la duda, no habiendo ya nada claro y sólido para la inteligencia, y finalmente, hallándose todo en tierra, quedan, no obstante, en pié dos cosas; ¿y qué, señores? Queda la materia, que es el árbol de la ciencia del bien y del mal, y queda el sentido, por donde podemos entrar en relacion con la materia. Hé aquí la última palabra. Cuando el hombre, á fuerza de separarse de Dios concentrándose en sí, ha visto bajar y oscurecerse la luz que le iluminaba;

(1) Génesis, cap. 3, vers. 6.

cuando todo lo que tiene nombre, Dios, alma, justicia, verdad, tiempo futuro, eternidad, ha llegado á ser problema y ruína para él, ve levantarse, en el lugar de todas estas cosas derribadas, una realidad tanto mas fuerte, cuanto que nada le hace sombra y contrapeso. Ve cara á cara, en un duelo implacable, la naturaleza viva, la naturaleza que no es mas que un árbol que lleva frutos, un polvo coloreado; la ve abriéndose paso, á pesar suyo, en todos los poros de su carne, y asegurándose en ella un imperio invencible. Despojado de todo lo demás, desnudo y pobre, se arroja sobre ese resto impuro salvado del naufragio universal, se une á él con una embriaguez desesperada, y dice á su alma, si es que tiene aún alma: Esto es bueno, come.

¡Su alma! ¡ah! Sí, su alma, aún tiene una alma, pero es para su mal. Porque en lugar de elevarse á Dios, que es para lo que le fué dada, solo le sirve para imprimir á sus sentidos algo de indefinido que aumenta su hambre y multiplica su irracionalidad. Si al auxilio de la duda y de la negacion se transfigurase en un sórdido animal, se limitarían sus necesidades por la naturaleza, y solo pediría á la tierra la yerba y el fango de cada dia. Pero el alma, nacida para la verdad, la justicia y el amor; el alma, no hallando ya en esas elevadas regiones el alimento que le conviene, se arroja sobre los sentidos, pasa á ellos toda entera, y suscita necesidades de tal energía, que se puede decir de ellos lo que San Pablo ha dicho del poder y de la sabiduría divina: *¡O altitudo!* ¡oh! ¡Quién podrá medir la elevacion, la extension y la profundidad de los deseos que se elevan en los sentidos del hombre separado de Dios, y recibiendo aún de su alma esa grandeza que solo puede llenar Dios! Neron deseaba que el pueblo romano no fuese mas que una cabeza para cortarla de un solo golpe: tal es el grito de los sentidos exaltados por el alma, grito tan sublime como inmundo donde se reconoce la divinidad en el furor.

Hé aquí, pues, la palabra: *Comedit*: el hombre comió. La rebellion comienza por la deificación de la razon, y termina por el reino del vientre.

Pintando Bossuet en cierto pasaje la decadencia del imperio romano, dice estas palabras: « Roma rie y muere. » Ciertamente que esto es grande y digno de Bossuet. No obstante, no sé si hubiera dicho mejor aún: Roma come y muere. Porque la risa no es mas que el accidente de las caídas humanas, y no expresa suficientemente tal vez al materialismo abyecto donde se precipita el hombre sepa-

rado de Dios. *Comedit*, esta es la palabra por la que acaba la Escritura la narracion de la primera revolucion moral de la humanidad, palabra fástica en su bajeza, y que se encuentra en el fondo de todo lo que termina. Baltasar comia cuando cayó bajo la espada de Ciro el imperio de los Caldeos; tenia en la mano la copa arrebatada á los sacrificios del verdadero Dios, copa sacrilega que contenia á la vez la negacion y el deleite, cuando el dedo profético escribió en la pared que tenia enfrente, la hora y la causa de su condenacion. Así terminó Babilonia en un festin; así pasó Roma en otro festin; así mueren todos los imperios, con la copa en la mano y con la blasfemia en la boca. Así, Franceses, perecerá el vuestro, si no escuchais estas verdades que os hablan aún, si no se vuelven á levantar para daros un abrigo los muros del Evangelio, medio rotos por vosotros. Ni vuestras ciencias, ni vuestras artes, ni el formidable desarrollo de vuestro poder material, con el cual os creéis asegurados para contener á los hombres, nada de todo esto retardará un cuarto de hora el advenimiento de vuestra caída, llamada por vuestra corrupcion. Ciro, no sé quién será Ciro; pero Ciro, un hombre nuevo creyendo en Dios, y llevando en la una mano la espada y en la otra la pluma que ha de escribir el decreto para reedificar el templo, Ciro desecará aún otra vez las aguas del Eufrates, derribará los muros de Babilonia, y arrojará á tierra de un solo bote la copa y la vida de Baltasar. Todo esto se hará en la hora de una noche, mientras vosotros bebeis y comeis, como los hijos de los hombres en tiempo del diluvio, como los hijos de Israel cuando el hijo de Vespasiano pasaba la muralla de circunvalacion. La misma hora os hallará en la misma mesa, el mismo rayo en el mismo vino. Y vendrán y dirán generaciones nuevas, burlándose de vuestra duda y de vuestras negaciones: Venimos en el nombre de Dios que ha hecho el cielo y la tierra. Razas destruidas, restos impuros de un materialismo abyecto, ó podridos, escuchad, oid la voz de los que os traen verdad, justicia, creencia, certidumbre, con el nombre antiguo de Dios; levantáos, vivid aún, si es posible; partid la victoria con nosotros, si os queda bastante fuerza para bendecir en vuestros vencedores la mano de Dios que os ha castigado y que pone en el castigo la resurreccion.

SERMON SEXAGÉSIMO CUARTO.

De los signos de la caída en la humanidad.

Habeis asistido á la caída del hombre primitivo; sabeis por qué profundos resortes le ha conducido el espíritu del mal de la luz á las tinieblas, de la obediencia á la rebelion, de la inocencia al crimen, de la union mas perfecta con Dios á una sacrilega separacion. Pero, señores, la falta de Adán ¿no ha tocado mas que su personalidad, ó ha tocado la naturaleza humana que estaba en él como en su fuente, y que debia derramarse por él á lo lejos hasta las últimas ramas de una posteridad indefinida? Es claro que esta falta no la habia dejado lo mismo que ántes, que habia sentido sus efectos desastrosos, tales como el oscurecimiento del entendimiento, la debilitacion de la voluntad, la predominancia del cuerpo sobre el alma y de los sentidos sobre la razon, consecuencias lamentables que se nos revelan demasiado por la experiencia que hemos hecho en nosotros mismos del imperio del pecado. ¿Pero estas consecuencias se han detenido en la naturaleza humana tal como se hallaba circunscrita en la personalidad de Adán, ó bien, pasando además con el pecado mismo, ejercen aún en la sustancia hereditaria del hombre una eficacia lamentable? Esto es lo que se trata de saber, y por aqui tocamos no solamente al dogma fundamental del cristianismo, sino al dogma donde todo órden, toda moral, toda política, toman con su fuente la regla de su curso. Segun el partido que abrazan bajo este respecto los sabios y los caudillos de las naciones, todo cambia, todo marcha bajo una ú otra pendiente para no volver á encontrarse jamás. Porque es imposible que con un punto de partida tan diferente sobre el estado interior y nativo del género humano, no se llegue á conclusiones prácticas de una enemistad irremediable.

Hallámonos, pues, en presencia de esta cuestion: ¿Se corrompió Adán en su persona ó en su naturaleza, en su persona intransmisible y no pudiendo pertenecer mas que á él, ó en su naturaleza comunicable, en esta parte de sí mismo que debia llegar hasta nosotros para ser nuestra vida despues de haber sido la suya? El pecado,